

bastante poder con su belleza para detener la fuga de su obstinado amante. Pero si la otra Dido, ornamento de este sitio, hubiera sido reina de Cartago, por complacerla hubiera él abandonado a sus dioses, y vuestro hermoso país sería todavía un país salvaje.»

Por este tiempo Napoleón da motivo a creer que había intentado suicidarse. Una infinidad de barbilampiños se ven asediados de este mismo pensamiento, que creen ser la prueba de su superioridad. Entre los papeles del señor Libri se encuentra esta nota manuscrita: «Siempre solo en medio de los hombres, entro dentro de mí mismo para soñar y para entregarme a toda la fuerza de mi melancolía. ¿Hacia qué lado se dirige hoy? Hacia el lado de la muerte... Si tuviera sesenta años, respetaría las preocupaciones de mis contemporáneos, y esperaría pacientemente a que la naturaleza hubiese terminado su carrera; pero, puesto que comienzo a sufrir desgracias; puesto que en nada hallo placer, ¿por qué he de prolongar una vida en la que nada me sonríe?»

Estos son los temas obligados de todas las novelas. El pensamiento y los giros de las ideas se hallan en Rousseau, cuyo texto había alterado Bonaparte con algunas frases de su estilo.

En todo esto se descubre un prólogo a la vida de Napoleón; un Bonaparte desconocido precede al formidable Napoleón; su pensamiento pesaba sobre el mundo antes que su persona; este pensamiento agitaba sordamente la tierra: en 1789, en el momento en que aparecía Bonaparte, se experimentaba una cosa terrible, una inquietud de que nadie podía darse cuenta. Cuando el mundo se halla amenazado de una gran catástrofe, ésta se anuncia por conmociones latentes; se tiene como miedo; se oyen ruidos extraños durante la noche, permaneciendo largo rato con los ojos fijos en el cielo, sin comprender lo que se siente ni lo que va a suceder.

PAOLI. — DOS LIBELOS. — DESPACHO DE CAPITÁN. — TOLÓN

Paoli había sido llamado de Inglaterra a petición de Mirabeau el año 1789. Fué presentado a Luis XVI por el marqués de Lafayette, teniente general y comandante militar de Córcega. ¿Siguió

Bonaparte al desterrado que lo había protegido, y con el cual estaba en correspondencia? Así se cree. No tardó mucho en desavenirse con Paoli: los crímenes de nuestras primeras turbulencias desagradaron al antiguo general, que entregó Córcega a los ingleses para librarse de la Convención. Bonaparte se había hecho miembro de un club de jacobinos en Ajaccio: se estableció otro club en sentido opuesto, y Bonaparte tuvo que huir. La señora Leticia y sus hijas se refugiaron en la colonia griega de Carghese, desde donde pasaron a Marsella. José se casó allí el 1.º de agosto de 1794 con la señorita Clary, hija de un rico negociante. En 1792 el ministro de la guerra, el ignorado Lajard, destituyó por algún tiempo a Napoleón de su empleo por haber faltado a una revista.

Este mismo año de 1792 vuélvese a ver a Napoleón en París en compañía de Bourrienne. Falto de recursos dedicóse a la industria, tratando de alquilar unas casas que se estaban construyendo en la calle de Montholon, con el designio de subarrendarlas después. Al mismo tiempo la Revolución seguía su curso, y llegó el 20 de junio: saliendo aquel día Bonaparte acompañado de Bourrienne de una fonda de la calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, vió pasar cinco o seis mil andrajosos que daban gritos y marchaban contra las Tullerías; al verlos, dijo a Bourrienne: «Sigamos a esos desaharrapados», y fué a colocarse sobre el terraplén a la orilla del agua. Cuando el monarca, cuyo palacio fué asaltado, apareció en una de las ventanas, adornado con el gorro encarnado, Bonaparte exclamó lleno de indignación: «¡Qué c...! ¿Cómo han dejado pasar a esa canalla? Debieran haber barrido con un cañón cuatrocientos o quinientos, y los demás hubieran huído.»

El 20 de junio de 1792 me encontraba yo bien cerca de Bonaparte: ya he dicho anteriormente que me estaba paseando en Montmorency, mientras que la Barere y Maret buscaban conmigo la soledad, aun cuando por distintos motivos. ¿Fué por este tiempo cuando Bonaparte se vió obligado a vender y negociar los pequeños créditos, llamados *Corset*? Después de la muerte de un almacenista de vinos de la calle de Saint-Avoye, en el inventario hecho por Dumay, escribano, y Chariot, tasador perito, Bonaparte figura en la citación para una deuda de alquileres, que ascendía a veinte fran-

cos, y que no había podido pagar: esta miseria aumenta su esplendor. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «Al ruido del asalto de las Tullerías el 10 de agosto, corrí al Carrousel, a casa de Fauvelet, hermano de Bourrienne, que tenía en aquel sitio un magnífico almacén de muebles.» El hermano de Bourrienne tenía una especulación, que él llamaba *almoneda nacional*. Bonaparte empeñó allí su reloj: ejemplo perjudicial. ¡Cuántos pobres estudiantes se creerán Napoleones por haber hecho lo mismo!

Bonaparte volvió al Mediodía de Francia el día 2 de enero del año II, y llegó allí antes del sitio de Tolón. Se ocupaba en escribir dos libelos: el primero es una *Carta a Mateo Buttafuoco*; trátale de un modo indigno, y acusa al propio tiempo a Paoli, como de un crimen, de haber entregado el poder en manos del pueblo: «¡Extraña aberración — dice — que somete a un hombre brutal a un mercenario, al que por su educación, por su rango, por su fortuna, ha sido formado expresamente para gobernar!»

Aunque revolucionario, Napoleón se muestra siempre enemigo declarado del pueblo; sin embargo, fué cumplimentado por Masseria, presidente del club patriótico de Ajaccio.

El día 29 de julio de 1793 publicó otro libelo titulado *La Cena de Beaucaire*. Bourrienne reproduce un manuscrito de ella, revisado por el autor, pero compendiado y puesto más en armonía con las opiniones de Bonaparte, en el momento que corrigió su obra. Esta se reduce a un diálogo entre un marsellés, un vecino de Nimes y un fabricante de Montpellier. Se trata de la cuestión del momento: del ataque de Aviñón por el ejército de Carteaux, en el que Napoleón había figurado como oficial de artillería. Dice al *marsellés* que su partido sería derrotado por haber dejado de seguir a la Revolución. El *marsellés* responde al *militar*: «Esto es, a Bonaparte: «Aun se acuerda todo el mundo del monstruo, que era uno de los principales del club: hizo asesinar a un ciudadano, saqueó su casa y violó a su mujer después de haberla hecho beber un vaso de sangre de su esposo.» «¡Qué horror! — dice el militar —: pero, ¿será verdad? Mucho me temo que no, pues bien sabe usted que hoy día no se cree en la violación.» Ligereza del último siglo que fructificaba en el frío temperamento de Bonaparte. Esta acu-

sación de haber bebido y de haber hecho beber sangre ha sido reproducida en distintas ocasiones. Cuando el duque de Montmorency fué decapitado en Tolosa, los militares bebieron de su sangre para que se les comunicara la virtud de un corazón grande.

Llegamos ya al sitio de Tolón. Aquí principia la carrera militar de Bonaparte. El legajo del cardenal Fesch nos suministra un documento muy singular, relativo al grado que ocupaba entonces Napoleón en artillería. Es un despacho de capitán de artillería concedido a Bonaparte por Luis XVI en 30 de agosto de 1792, veinte días después de su destronamiento, que fué el día 10. El monarca había sido encerrado en el Temple el 13, dos días después del asesinato de los suizos. En este documento se dice que el nombramiento del 30 de agosto de 1792 se considerará como expedido el 16 de febrero anterior.

Los desgraciados son, muchas veces, profetas; pero, esta vez, la previsión del mártir no entraba para nada en la futura gloria de Napoleón. Existen todavía en las oficinas del ministerio de la Guerra, despachos en blanco firmados por Luis XVI, y que no les falta otra cosa que llenarlos; y uno de éstos será el que hemos citado. Luis XVI, encerrado en el Temple, en la víspera de su proceso, rodeado de su familia cautiva, tenía otras cosas de más importancia en que ocuparse que los adelantos de un desconocido.

La época del despacho se señala por la firma del ministro; esta firma era SERVAN. Servan, nombrado ministro de la Guerra el 8 de mayo de 1792, fué destituido el 13 de junio del mismo año. Dumouriez desempeñó este cargo hasta el 18; Lajard ocupó a su vez este ministerio hasta el 23 de julio. Abancourt le sucedió, y estuvo en su empleo hasta el 10 de agosto, día en que la Asamblea nacional volvió a llamar a Servan, quien presentó su dimisión el 3 de octubre. En aquellos días eran tan difíciles de contar nuestros ministerios como lo fueron después nuestras victorias.

El despacho de Bonaparte no puede ser dado por el primer ministerio Servan, puesto que el documento tiene la fecha del 30 de agosto de 1792; debió ser en su segundo llamamiento al ministerio; sin embargo, existe una carta de Lajard del 12 de julio dirigida al ca-

pitán de artillería Bonaparte. ¿Cómo se explica esto? ¿Alcanzó Bonaparte este despacho sobornando a algún escribiente, por el desorden en que entonces se encontraba todo, o por la fraternidad revolucionaria? ¿Qué protector se interesaba por los adelantos de aquel corso? Dios. Francia, bajo la divina impulsión, extendió por sí misma este documento al primer capitán del mundo; el despacho se hizo legal sin la firma de Luis, que entregó su cabeza a condición de que sería reemplazada por la de Bonaparte; combinaciones de la Providencia, ante las cuales no podemos hacer otra cosa que levantar las manos al cielo.

Tolón había reconocido a Luis XVII y abierto su puerto a las flotas inglesas. Carteau por una parte, y el general Lapoype por otra, requeridos por los representantes Fréron, Barras, Ricord y Saliceti, se acercaron a Tolón. Bonaparte, que acababa de servir a las órdenes de Carteaux en Aviñón, fué llamado al consejo de guerra y sostuvo que era preciso apoderarse del fuerte de *Mulgrave*, construido por los ingleses sobre la altura del *Caire*, y colocando baterías sobre los dos promontorios, la *Eguillette* y *Balaguier*, foguear la grande y la pequeña rada, obligando a los enemigos a abandonarlo. Todo sucedió como había previsto Napoleón: ya entonces empieza a entrever su porvenir.

La señora de Bourrienne ha insertado algunas notas en las memorias de su marido: una de ellas presenta a Bonaparte delante de Tolón:

«Advertí—dice—en aquella época (1795 en París) que su carácter era frío y muchas veces sombrío; que su sonrisa era falsa y aun extemporánea; y a propósito de esta observación, recuerdo que en esta misma época, pocos días después de nuestra vuelta, tuvo uno de esos momentos de hilaridad feroz, que me hizo daño y que me empezó a disgustar de él. Nos contó con mucha gracia que hallándose delante de Tolón, donde mandaba la artillería, un oficial de su arma, que estaba bajo sus órdenes, fué visitado por su esposa, que lo era hacía muy poco tiempo, y a la que amaba en extremo. Algunos días después, Bonaparte recibió una orden para atacar de nuevo la ciudad, y el oficial tuvo que ocupar su puesto. La esposa se presentó a Bonaparte pidiéndole, con las lágrimas en los ojos, que le dispensase por aquel día del

servicio. El general fué insensible, según él mismo nos dijo con una gracia encantadora y feroz. Llegó el momento del ataque, y este oficial, que siempre había mostrado un valor extraordinario, tuvo el presentimiento de su cercano fin; se puso pálido y tembló; fué colocado al lado del general, y en un momento en que el fuego de la ciudad se hizo muy vivo, le dijo Bonaparte: ¡Cuidado, he ahí una bomba que viene sobre nosotros! El oficial, prosiguió, en lugar de prevenirse, se encorvó, y fué separado en dos mitades. Y Bonaparte daba estrepitosas carcajadas al citarnos aquella espantosa escena.»

Rendida Tolón, se alzaron los patibulos: reuniéronse ochocientas víctimas en el Campo de Marte, que fueron ametralladas. Los encargados de la ejecución se adelantaron gritando: «¡Levántense los que no hayan muerto; la república les perdona la vida»; y los heridos que volvieron a levantarse fueron muertos también. Esta escena era tan interesante, que se reprodujo en Lyon, después del sitio.

Que dis-je? aux premiers coups du foudroyant orage  
 Quelque coupable encor peut-être est échappé:  
 Annonce le pardon et, par l'espoir trompé,  
 Si quelque malheureux en tremblant se relève,  
 Que la foudre redouble et que le fer achève.

L'abbé DELILLE.

«¿Qué digo? Tal vez algún culpable logró escapar a los primeros golpes de aquella destructora tempestad: pero, si engañado por la voz del perdón, algún desgraciado se levantó temblando, el fuego o el hierro acabaron con su vida.»

(EL ABATE DELILLE.)

¿Mandaba Bonaparte en persona aquella ejecución, en calidad de jefe de artillería? Seguramente la humanidad no le hubiera detenido, aun cuando no era cruel por inclinación.

Se ha encontrado la siguiente carta, dirigida a los comisarios de la Convención: «Ciudadanos representantes: desde el campo de la gloria, marchando sobre la sangre de los traidores, os comunico con placer que vuestras órdenes se hallan cumplidas, y que Francia está vengada; no se ha atendido ni a la edad ni al sexo. Los que sólo fueron heridos por el cañón republicano, terminaron su existencia bajo la espada de la libertad y bajo la bayoneta de la igualdad.—BRUTO

BUONAPARTE, ciudadano descamisado.»

Esta carta se publicó por la vez primera, según creo, en *La Semana*, periódico que dirigía Malte-Brun. La vizcondesa de Fors (pseudónimo) la publica en sus *Memorias sobre la Revolución francesa*; añadiendo que esta carta fué escrita sobre la caja de un tambor; Fabry la reproduce en el artículo *Bonaparte*, en la *Biografía de los hombres vivos*; Royou, en su *Historia de Francia*, dice que se ignora de qué boca salió el grito destructor; Fabry, a quien ya hemos citado, refiere en los *Misioneros del 93*, que unos atribuyen este grito a Freron y otros a Bonaparte. Las ejecuciones del Campo de Marte de Tolón están detalladas en una carta de Freron, dirigida a Moisés Bayle, de la Convención, y en las comunicaciones de Motte y Barras al comité de salvación pública.

¿A quién, pues, se debe entonces, el primer boletín de las victorias de Napoleón? ¿Será a él mismo o a su hermano? Luciano, abjurando de sus errores, confiesa en sus *Memorias* que fué al principio acérrimo partidario de la república. Colocado al frente del comité revolucionario de Saint-Maximin, en Provenza: «Nosotros—dice—no vamos en zaga en palabras y mensajes a los jacobinos de París. Como en aquella época era moda tomar nombres de la antigüedad, un ex monje tomó, a lo que creo, el de Epaminondas, y yo el de Bruto. En un libelo se ha dicho que este nombre era el que había tomado mi hermano, siendo el mío. Napoleón creía elevar por sí solo su nombre a mayor altura que los de la antigua historia, y aunque hubiese seguido la moda, seguramente no hubiera elegido el de Bruto.»

Demuestra mucho valor, por cierto, esta confesión. Bonaparte, en el *Memorial de Santa Elena*, guarda absoluto silencio sobre esta parte de su vida. Este silencio, según la señora duquesa de Abrantes, se explica por lo escabroso de su posición: «Napoleón se había puesto más en evidencia que Luciano, y aunque después ha procurado en distintas ocasiones colocar a Luciano en su lugar, no podía entonces haber equivocación. Sin duda diría: «El *Memorial de Santa Elena* será leído por más de cien mil personas, entre las que apenas habrá un millar que tengan noticias de los hechos que no me favorecen. Estas mil personas conservarán la memoria de esos hechos

de una manera que me inquietará muy poco; de modo que el *Memorial* será irrefutable.»

De aquí resulta que estamos en duda sobre la carta que Luciano o que Napoleón ha firmado. Pero, ¿cómo Luciano, que no era representante de la Convención, se ha abrogado el derecho de dar cuenta de aquellos asesinatos? ¿Era, acaso, diputado de Saint-Maximin para asistir a aquella carnicería? Entonces, ¿cómo se atrevió a hacer caer sobre sí la responsabilidad de un proceso verbal, habiendo alguna persona más importante que él a los ojos del anfiteatro y de los testigos de la ejecución llevada a cabo por su hermano? Trabajo costaría dirigir la vista a un punto tan bajo después de haberla dirigido a otro tan elevado.

Pero admitamos que Luciano, presidente del comité de Saint-Maximin, sea el historiador de las hazañas de su hermano; siempre resultará que uno de los primeros cañonazos de Bonaparte fué dirigido contra los franceses; que fué segunda vez llamado a derramar su sangre el 13 de vendimiario, y que enrojeció nuevamente sus manos a la muerte del duque de Enghien. De manera que las primeras víctimas de la Francia levantaron a Napoleón; la segunda hecatombe le elevó al rango que le hizo dueño de Italia, y la tercera le facilitó la entrada en el imperio.

Bonaparte se engrandecía con nuestra carne; quebrantó nuestros huesos, y se alimentó con la medula de los leones. Es una cosa triste, pero que se ha de reconocer, a menos que no se cierren los ojos ante los misterios de la naturaleza humana y el carácter de los tiempos, que una parte del poder de Napoleón dependía de haberse ensangrentado durante el Terror. La Revolución sirve con gusto a los que han intervenido en sus crímenes; un origen inocente es un inconveniente para obtener su protección.

Robespierre, el joven, había cobrado mucho cariño a Napoleón, y deseaba darle el mando de París en lugar de Henriot. La familia de Bonaparte se había establecido en la casa de campo de Sallé, cerca de Antibes. «Fuí allí—dice Luciano—a pasar algunos días con mi familia y con mi hermano. Estábamos todos reunidos, y el general nos acompañaba todo el tiempo de que podía disponer. Un día entró más preocupado que de costumbre, y paseándose entre José y yo, nos anunció que de él únicamente

dependía el marchar a París desde el día siguiente y ponerse en condiciones de podernos colocar ventajosamente. Por mi parte me satisfacía infinito esta noticia: llegar, por fin, a la capital se me figuraba una felicidad que nada podía compensar: «Me ofrecen—nos dijo Napoleón—la plaza de Henriot, y esta noche he de dar la respuesta. ¿Qué os parece?» Quedamos en silencio un momento, y el general continuó: «¡Oh, la cosa vale la pena de meditarla! Es menester no hacerse ilusiones; no es tan fácil salvar la cabeza en París como en Saint-Maximin.—Robespierre, el joven, es un hombre honrado; pero su hermano no admite chanzas, y es preciso tratar de servirle.—¡Yo sostener a ese hombre! ¡Nunca! Bien sé lo útil que le sería reemplazando a su imbécil comandante de París; pero eso es precisamente lo que yo no quiero. Todavía no es tiempo. Hoy día no hay lugar honroso para mí sino en el ejército. Aguardad con paciencia, y más tarde mandaré en París.» Tales fueron las palabras de Napoleón. En seguida nos manifestó su indignación contra el régimen del Terror, anunciándonos su próxima caída, y concluyó repitiendo muchas veces, con acento entre sombrío y risueño: «¿Qué iría yo a hacer en aquel presidio?»

Después del sitio de Tolón, Bonaparte estuvo en los movimientos militares de nuestro ejército de los Alpes. Recibió orden de marchar a Génova, y se le comunicaron instrucciones secretas para que se informase del estado de la fortaleza de Savona, y para que recogiese datos sobre las intenciones del gobierno genovés, relacionadas con la coalición. Estas instrucciones, fechadas en Loano el 25 de mesidor, año II de la república, están firmadas por Ricord.

Bonaparte cumplió su misión. Llegó el 9 de termidor, siendo reemplazados los diputados terroristas por Albitte, Saliceti y Laporte. Estos declararon entonces, en nombre del pueblo francés, que el general Bonaparte, comandante de la artillería del ejército de Italia, había perdido por completo su confianza por su conducta sospechosa y por el viaje que había hecho últimamente a Génova.

Una orden de arresto dada en Barcelonnette el 9 de termidor, año II de la república francesa, una, indivisible y democrática, dice: «El general Bonaparte será arrestado y llevado ante el comité de salvación pública de París, con una bue-

na y segura escolta.» Saliceti, después de examinar los papeles de Bonaparte, respondió a los que se interesaban por el detenido que era menester obrar con energía y con arreglo a una acusación de espionaje recibida de Niza y de Córcega. Aquella acusación era el resultado de las instrucciones secretas dadas por Ricord; fué muy fácil dar a entender que Napoleón había servido a los extranjeros en vez de servir a Francia. El emperador abusó mucho de las acusaciones de espionaje, y debiera haber recordado los peligros a que ellas le expusieron.

Napoleón, defendiéndose, decía a los representantes: «Saliceti, tú me conoces... Albitte, tú no me conoces, pero sí debes conocer muy bien los ardidés de la calumnia. Oídme; devolvedme al aprecio de los patriotas, y una hora después, si los hombres perversos quieren mi vida... ¡la tengo en tan poco! ¡La he despreciado en tantas ocasiones!»

Se dictó una sentencia absolutoria. Entre los documentos que en aquellos años sirvieron para atestiguar la buena conducta de Napoleón, existe un certificado de Pozzo di Borgo. Bonaparte fué puesto provisionalmente en libertad; pero en este intervalo tuvo tiempo para quitársela al mundo entero.

Saliceti, el acusador, tardó poco en unirse al acusado; pero Bonaparte nunca se fió de su antiguo enemigo. Algún tiempo después escribía al general Dumas: «Que permanezca en Nápoles (Saliceti); allí debe encontrarse muy bien. Ha contenido a los lazzaroni: no lo extraño: les ha metido miedo: es aún peor que ellos. Tened entendido que yo no tengo poder suficiente para defender del desprecio y de la indignación pública a los miserables que han votado la muerte de Luis XVI (1).»

Bonaparte corrió a París, alojándose en la calle del Mail, la misma en que yo paré al llegar de Bretaña con la señora Rosa. Bourrienne se le reunió, así como también Murat, sospechoso de terrorista, que había abandonado su guarnición de Abbeville. El gobierno trató de convertir a Napoleón en general de brigada de infantería, y quiso enviarle a la Vendée; éste renunció semejante honor, so pretexto de que no quería cambiar de arma. El comité de salvación pública entonces borró al renunciante de la lista de los oficiales generales en activo servicio. Uno

(1) Recuerdos del teniente general conde Dumas, t. III, página 317.

de los firmantes del acuerdo fué Cambacérès, que llegó a ser el segundo personaje del Imperio.

Bonaparte, resentido de tantas persecuciones, pensó en emigrar; impidiéndoselo Volney. Si hubiese llevado a cabo su pensamiento, la corte fugitiva le habría olvidado; por otra parte, no había allí una corona de que apoderarse: hubiera yo tenido entonces un compañero ilustre, coloso derribado a mi lado en el destierro.

Descartada la idea de la emigración, Bonaparte se volvió hacia el Oriente, que congeniaba doblemente con él por su despotismo y por su esplendor. Redactó una memoria, ofreciendo su espada al Gran Señor: la inacción y la obscuridad eran mortales para él. «Yo sería útil a mi país—afirmaba—si pudiera hacer que el poder de los turcos fuese temido de la Europa.» El gobierno, según dicen, no contestó a las palabras de un loco.

Engañado en sus diversos proyectos, creció el despecho de Napoleón: era poco accesible a la protección, y aceptaba de mal grado los servicios que se le hacían, del mismo modo que se resentía por haber sido educado a costa de la munificencia real. Envidiaba a todos los que la fortuna favorecía más que a él; en el alma del hombre para quien iban a agotarse los tesoros de las naciones, se podían sorprender los movimientos del odio que los comunistas y proletarios sienten hoy contra los ricos. Cuando se participa de los sufrimientos del pobre, se experimenta el sentimiento de la desigualdad social: cuando se sube en coche, se desprecia a los que van a pie. Bonaparte odiaba especialmente a los *muscadins* y a los *incroyables*, elegantes fatuos de la época, que llevaban el pelo peinado a la moda de las cabezas cortadas, y se complacía en amargar su dicha. Se relacionó con Baptiste, el mayor, e hizo conocimiento con Talma. La familia de Napoleón profesaba mucha afición al teatro, y la ociosidad condujo muchas veces a Bonaparte a los espectáculos.

Bonaparte volyió a encontrarse en París con la señorita de Permont-Comne, que se casó con Junot, a quien Napoleón conoció y con quien había contraído amistad en el Mediodía.

«En esta época de su vida—dice la duquesa de Abrantes—, Bonaparte era feo. Más adelante se obró en él un cambio total. Prescindiendo del prestigio que le daba

la aureola de su gloria; hablo solamente del cambio físico que en él se verificó en el espacio de siete años. El que era descarnado, pálido y de un aspecto casi enfermizo, se cubrió de carnes, mejoró de color y se embelleció. Sus facciones angulosas y puntiagudas se redondearon; su mirada y su sonrisa no se alteraron, permaneciendo siempre admirables: toda su persona sufrió un cambio. Su peinado, que hoy tanto nos choca en los grabados del paso del puente de Arcole, era entonces muy sencillo, y esos mismos *muscadins* a quienes tanto desagradaba, tenían el pelo aún más largo; su tez estaba tan amarilla en aquella época y luego cuidaba tan poco de su compostura, que sus cabellos, despeinados y mal empolvados, le daban un aspecto desagradable. Sus manos, pequeñas, han sufrido también una metamorfosis; en aquella época eran delgadas, largas y muy morenas. Sabido es hasta qué extremo llegó después su vanidad por ellas, y con justa razón. En fin, cuando me represento a Bonaparte entrando en 1795 en el patio del *Hôtel de la Tranquillité*, calle de las Filles-Saint-Thomas, atravesándolo con un paso desgarrado e incierto, llevando un mal sombrero encajado hasta las cejas y dejando escapar sus *orejas de perro* mal empolvadas que caían sobre el cuello de aquella levita gris, que fué después una bandera tan gloriosa, por lo menos como el penacho blanco de Enrique IV; sin guantes, porque los creía un gasto inútil; con unas botas mal hechas y sucias, y con aquel conjunto desagradable, producto de su delgadez y de su colorido; en fin, cuando evoco su recuerdo de aquella época, y lo miro después, no puedo ver al mismo hombre en estos dos retratos.»

#### JORNADAS DE VENDIMIARIO. — CAMPAÑA DE ITALIA.

No acabó todo con la muerte de Robespierre; las cárceles no se abrían sino muy lentamente: la víspera del día en que el tribuno expirante había de ser conducido al patíbulo, fueron inmoladas ochenta víctimas: ¡tan bien organizados se hallaban los asesinos! ¡Con cuánto orden y obediencia procedía la muerte! Los dos verdugos Sansón fueron encausados; más felices que *Roseau*, ejecutor de Tardif en tiempo del duque de Ma-

enne, obtuvieron el perdón; pero la sangre de Luis XVI los había lavado.

Libres ya los acusados, no sabían en qué emplear su vida, ni los jacobinos desocupados en qué entretener su tiempo: de esto nacieron los bailes y el echar de menos el Terror. Sólo línea a línea y con mucho trabajo se les hacía perder terreno a los convencionales para quitarles la administración de justicia: no querían ellos dejar escapar el crimen, temiendo perder el poder. Por fin fué abolido el tribunal revolucionario.

Andrés Dumont hizo la proposición de que se persiguiese a los secuaces de Robespierre; la Convención, arrastrada, a su pesar, decretó, fundándose en una comunicación de Saladin, que había lugar para poner presos a Barere, Villaud de Varennes y a Collot de Herbois, amigos los dos últimos de Robespierre, y que, sin embargo, habían contribuido a su caída. Carrier, Fouquier-Tinville y José Le Bon fueron también juzgados. Se descubrieron atentados y crímenes inauditos, y, sobre todo, los matrimonios republicanos y el haber sido ahogados en Nantes seiscientos niños. Las secciones, entre las que se hallaban divididos los guardias nacionales, acusaban a la Convención de los anteriores males, y temían verlos renacer. La sociedad de los jacobinos luchaba aún sin querer retroceder ante la muerte. Legendre, tan violento en otro tiempo, vuelto a la humanidad, formaba parte del comité de seguridad pública. La noche misma del suplicio de Robespierre había cerrado él la madriguera; pero ocho días más tarde los jacobinos llegaron a restablecerse bajo el nombre de jacobinos regenerados, entre los que volvieron a aparecer las costureras. Fréron publicaba su periódico resucitado, *El Orador del pueblo*, y sin dejar de aplaudir la caída de Robespierre, se hacía partido en la Convención. El busto de Marat permanecía todavía expuesto, y los diversos comités existían, cambiados únicamente de formas.

Un frío intenso y un hambre cruel, unidos a los sufrimientos políticos, complicaban más aún la calamitosa situación; por las calles iban grupos de personas armadas, acompañadas de mujeres gritando: ¡pan! ¡pan! Finalmente, el 20 de mayo de 1795 fueron forzadas las puertas de la Convención, asesinado Feraud, y su cabeza colocada sobre la mesa del presidente. Se cita con asombro la impassibilidad estoica de Boissy

d'Anglas: infeliz del que hubiera tratado de inculpar un acto de virtud.

Aquella vegetación revolucionaria brotaba vigorosa de la capa de escombros que, regados con sangre humana, le servían de base. Rossignol, Huchet, Grignon, Moisés Bayle, Amar, Choudieu, Hentz, Granet, Leonardo Bourdon, todos los que se distinguieron por sus excesos, estaban apostados entre las barreras; y entre tanto nuestro hombre se engrandecía por fuera. Cuando la opinión pública se levantaba contra los convencionalistas, nuestros triunfos en el extranjero acallaban los clamores de la opinión. Había entonces dos Francias: una horrorosa en el interior, la otra admirable en el exterior; la gloria se oponía a nuestros crímenes, a la manera que Bonaparte la oponía a nuestras libertades. Siempre nosotros hemos encontrado un escollo en nuestras victorias.

Es digno de tenerse en cuenta el anacronismo que se comete atribuyendo nuestros triunfos a nuestros crímenes; aquéllos fueron obtenidos antes y después de la época del Terror; por lo tanto, éste no entró para nada en la gloria de nuestras armas. Pero estos triunfos tuvieron el inconveniente de ceñir una aureola alrededor de las cabezas revolucionarias. Creyeron, sin examinar las fechas, que esta aureola les pertenecía, y la toma de Holanda y el paso del Rin se consideraron como conquistas del hacha y no de la espada. En medio de esta confusión, no se acertaba a encontrar un medio por el que pudiese la Francia librarse de los obstáculos que, a pesar de la catástrofe de los primeros culpables, continuaban oponiéndosela: y, sin embargo, en ella estaba el libertador.

La libertad de la prensa, restablecida momentáneamente, trabajaba en sentido liberal; como los demócratas no habían jamás apoyado esta libertad, que atacaba sus errores, la calificaban de realista. El abate Morellet y La Harpe publicaban folletos, a los que se unían los del español Marchena, sabio inundo y aborto lleno de ingenio. Los jóvenes llevaban levitas grises con vueltas y con cuello negro, que eran reputadas como uniforme de los chuanes. La reunión de la nueva legislatura era el pretexto para la reunión de las secciones. La sección Lepelletier, entonces conocida con el nombre de sección de las *Filles-Saint-Thomas*, era la más animada de todas; compare-

ció muchas veces en la barra de la Convención para quejarse: el joven Lecretelle le prestó su voz con el mismo valor que mostró el día que Bonaparte ametralló a los parisienses sobre las escaleras de Saint-Roch: las secciones, adviniendo que se acercaba el momento del combate, hicieron venir de Rouen al general Danican para que se pusiera al frente de ellas. Se puede juzgar del miedo y de las ideas de la Convención por los defensores que convocó a su alrededor: «A la cabeza de los republicanos, dice Réal en su *Ensayo sobre la jornada del vendimiario* que se llamó al batallón sagrado de los patriotas de 89, se convocó a los veteranos de la Revolución que habían hecho las seis campañas, que se batieron debajo de los muros de la Bastilla, que habían derrocado la tiranía, y que se armaban entonces para defender el mismo edificio que habían atacado el 10 de agosto. Allí encontré los preciosos restos de aquellos antiguos batallones de liegenses y belgas, bajo las órdenes de su anciano general Fyon.»

Réal concluye esta narración con el siguiente apóstrofe: «¡Oh tú, por quien hemos vencido a Europa con un gobierno sin gobernantes y con ejércitos sin pagas; genio de la libertad, tú velabas aún sobre nosotros!» Aquellos orgullosos campeones de la libertad crecieron demasiado en poco tiempo, yendo a concluir sus himnos a la independencia en las oficinas de la policía de un tirano. Aquel tiempo se considera hoy como un escalón roto, sobre el que pasó la Revolución. ¡Cuántos hombres han hablado y obrado con energía, y se han apasionado de hechos en que nadie se ocupa! Los que viven recogen el fruto de las existencias olvidadas que se han gastado por su causa.

Se acercaba la renovación de la Convención, y las asambleas preparatorias eran convocadas; las secciones, los comités, los clubs, se agitaban a cual más.

Amenazada la Convención por la opinión general, comprendió que le era preciso defenderse: Danican opuso a Barras, nombrado jefe de la fuerza armada de París y del interior. Al encontrar a Bonaparte en Tolón, y acordándose de él por instigación de la señora de Beauharnais, Barras comprendió lo útil que le podría ser aquel hombre, y le hizo ocupar la plaza de segundo jefe. El futuro director, refiriendo a la Convención las jornadas del vendimiario, declaró que úni-

camente a las sabias y prontas disposiciones de Bonaparte se debía la salvación de París, pues había distribuido las fuerzas con sumo acierto. Napoleón derrotó las secciones, y dijo: *He puesto mi sello sobre Francia*. Atila había ya dicho: «Yo soy el martillo del universo, *ego malleus orbis*.»

Después de la victoria, Bonaparte temió haber perdido su popularidad, y aseguró que daría muchos años de su vida por borrar aquella página de su historia.

Existe una narración del vendimiario, escrita por él, donde se esfuerza por probar que fueron las secciones las que rompieron el fuego. En su encuentro tal vez pudo figurarse que se hallaba aún en Tolón; el general Carteaux iba a la cabeza de una columna en el Puente Nuevo; una compañía de marseleses marchaba sobre Saint-Roch; los puntos ocupados por los guardias nacionales fueron tomados sucesivamente. Réal, de quien ya he hablado, concluye su exposición con estas majaderías tan creídas por los parisienses: un herido que atravesaba el salón de las Victorias reconoció una bandera que él había cogido: «No pasemos de aquí—exclamó—: quiero morir en este sitio.» La esposa del general Dufraisse rasga su camisa para hacer vendas; las dos hijas de Durocher suministran vinagre y aguardiente; Réal lo atribuye todo a Barras: adulación que prueba que en el año IV Napoleón, vencedor en provecho de otro, no era aún digno de ser adulado.

Parece que Bonaparte no esperaba sacar grandes ventajas de su victoria sobre las secciones, porque en aquella época escribió a Burrienne: «Busca una pequeña posesión en tu hermoso valle del Jonne; la compraré cuando tenga dinero; mas no olvides que no quiero que sea de bienes nacionales.» Napoleón mudó de parecer en el Imperio, y ha hecho mucho aprecio de estos bienes.

Estos motines del vendimiario terminan la época de los motines, que no se renovaron hasta el año 1830, para poner fin a la monarquía.

Cuatro meses después de las jornadas del vendimiario, el 19 de ventoso (9 de marzo) del año IV, Napoleón se casó con María Josefa Rosa de Tascher. El acta no hace mención alguna de la viuda del conde de Beauharnais. Tallien y Barras fueron los testigos del contrato. En junio, Bonaparte fué nombrado general de las tropas acantonadas en los Alpes ma-

rítmicos; Carnot reclamó contra Barras el honor de aquel nombramiento. El mando del ejército de Italia se llamaba entonces *el dote de la señora de Beauharnais*. Napoleón, cuando dice en Santa Elena despreciativamente que él creyó haberse unido a una señora de alto rango, se muestra, seguramente, muy desagrado-

Al llegar al cuartel general del ejército de Italia, en Niza, Bonaparte encontró los soldados faltos de todo lo necesario, sin zapatos, sin pan y sin disciplina. Tenía entonces veintiocho años; bajo sus órdenes, Massena mandaba treinta y seis mil hombres. Esto ocurría en el año 1796. Hizo su primera campaña el 20 de marzo, fecha famosa, que debía grabarse muchas veces en su vida. Derrota a Beaulieu en Montenotte; dos días más tarde, en Millésimo, divide los dos ejércitos, austriaco y sardo. En Ceva, en Mondovì, en Fossano y en Cherasco sus triunfos continúan, y el genio de la guerra se postra ante él. La siguiente proclama hace resonar una voz nueva, lo mismo que los combates habían anunciado un nuevo hombre:

«¡Soldados! En quince días habéis obtenido seis victorias, cogido veintiuna banderas, cincuenta y cinco piezas de artillería, quince mil prisioneros, muerto o herido más de diez mil hombres. Habéis ganado las batallas sin necesidad de artillería; habéis pasado ríos sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente, y muchas veces sin pan. Las falanjes de la república, los soldados de la libertad son, únicamente, capaces de sufrir lo que habéis sufrido vosotros: ¡gracias os sean dadas por ello, soldados...!»

«¡Pueblos de Italia! los ejércitos franceses vienen a romper vuestras cadenas; el pueblo francés es el amigo de todos los pueblos. Nosotros no odiamos sino a los tiranos que nos esclavizan.»

El 15 de mayo quedó ultimado el tratado de paz entre la república francesa y el rey de Cerdeña: Saboya, Niza y Tenda fueron cedidas a Francia. Napoleón, avanzando siempre, escribe a Carnot:

«Por fin hemos pasado el Po, y empieza la segunda campaña: Beaulieu está desconcertado; calcula muy mal, y cae siempre en los lazos que se le tien-

den: quizás pretenda presentar una batalla, porque este hombre tiene la audacia del furor, y no la del genio. Una victoria más, y somos dueños de Italia. Tan pronto como detengamos nuestros movimientos haremos uniformar el ejército. Siempre será temible si está bien mantenido; el soldado no come más que pan de Gonesse, buena carne y en cantidad suficiente, etc. La disciplina se restablece de día en día, pero se hace indispensable fusilar con frecuencia, porque hay hombres intratables, que no pueden ser mandados. Es incalculable lo que hemos cogido al enemigo. Cuanta más gente me envíe usted, con tanta mayor facilidad podré mantenerlos. Le remito veinte cuadros de los primeros autores, de Correggio y de Miguel Angel. Le agradezco infinitamente las atenciones que se digna tener con mi esposa, y se la recomiendo: es una patriota sincera y la amo con locura. Creo que las cosas irán bien, pudiéndole enviar una docena de millones a París, lo que no le vendrá mal para el ejército del Rin. Mándeme cuatro mil soldados de caballería desmontados, que yo les buscaré aquí caballos. No le debo ocultar que desde la muerte de Stengel carezco de un oficial superior de caballería que se bata. Desearía que me enviase dos o tres ayudantes generales, que tengan corazón y una resolución firme de no hacer nunca sabias retiradas.»

Esta es una de las cartas notables de Napoleón. ¡Cuánta vivacidad! ¡Qué diversidad de genio! Unida a la inteligencia del héroe se ve, en la profusión triunfante de los cuadros de Miguel Angel, una acerada burla contra un rival al hablar de esos ayudantes generales que tengan una firme resolución de no hacer nunca sabias retiradas. El mismo día escribía al Directorio para notificarle la suspensión de armas concedida al duque de Parma, y del envío del *San Jerónimo* de Correggio. El 11 de mayo anunció a Carnot el paso del puente de Lodi, que lo hizo dueño de Lombardía. Si no va inmediatamente sobre Milán, es porque quiere seguir y acabar de una vez con Beaulieu. «Si me apodero de Mantua, ya no habrá nada que me detenga para penetrar en Baviera, y en dos décadas puedo encontrarme en el corazón de Alemania. Si los dos ejércitos del Rin entran en campaña, le ruego que me informe de su posición. Sería muy honroso para

la República ir a firmar el tratado de paz de los tres ejércitos reunidos en el corazón de Baviera y de Austria asombradas.»

El águila no marcha, vuela, cargado con las banderolas de las victorias suspendidas en su cuello y en sus alas.

Se lamenta de que se le quiera dar por compañero a Kellermann: «Yo no puedo servir de buena voluntad con un hombre que se cree el primer general de Europa; creo que un mal general vale más que dos buenos.»

El 1.º de junio de 1796, los austriacos son expulsados por completo de Italia, y nuestros puestos avanzados iluminan los montes de Alemania: «Nuestros granaderos y nuestros carabineros—escribe Bonaparte al Directorio—juegan y ríen con la muerte. Nada hay que se iguale con su intrepidez sino la alegría con que hacen las más penosas marchas. De seguro creeréis que llegados al alojamiento duermen: pues todo menos eso: cada uno echa su cuenta o su plan de operaciones del día siguiente, y muchas veces con mucho tino. Días pasados veía desfilar una media brigada; un cazador se acercó a mí: «General—me dijo—: es preciso hacer esto.» «Desgraciado—le dije—: ¿quieres callar?» Y desapareció en seguida: en vano le he hecho buscar: lo que él me dijo era precisamente lo que yo mismo había mandado que se hiciera.»

Los soldados hicieron pasar a su comandante por todos los grados: en Lodi lo nombraron cabo, en Castiglione sargento.

El 15 de noviembre se presentan delante de Arcole: el joven general cruza el puente que le ha hecho famoso: diez mil hombres quedan sobre el campo. «¡Esto era un canto de la *Iliada*!» exclamaba Bonaparte al solo recuerdo de esta acción.

En Alemania, Moreau verificaba la célebre retirada, llamada por Napoleón una *retirada de sargento*. Este se preparaba a decir a su rival, al par que derrotaba al archiduque Carlos:

Je suivrai d'assez près votre illustre retraite  
Pour traiter avec lui sans besoin d'interprète.

«Seguiré de cerca vuestra gloriosa retirada para tratar con él sin necesidad de intérprete.»

El 16 de enero de 1797 se renovaron las hostilidades con la batalla de Rívoli. En los dos encuentros con Wurmser, uno

en San Jorge y otro en la Favorita, tuvo éste una pérdida de cinco mil muertos y veinte mil prisioneros; el resto se encerró en Mantua; pero la ciudad bloqueada tuvo que capitular, y se rindió Wurmser con los doce mil hombres que le quedaban.

A esto siguió bien pronto la invasión de la Marca de Ancona; más adelante el tratado de Tolentino pone a disposición de Francia perlas, diamantes, preciosos manuscritos, el cuadro de la *Transfiguración*, el *Laocoonte*, el *Apolo de Belvedere*, y acaba aquella serie de operaciones por las cuales en menos de un año son derrotados cuatro ejércitos austriacos, quedando sometida la Alta Italia y empezado a someter el Tirol; no hay tiempo para prepararse: el relámpago y el rayo se presentan unidos.

El archiduque Carlos, que había acudido a defender el Austria anterior con un nuevo ejército, se ve precisado a pasar el Tagliamento; Gradisca se rinde, Trieste cae en poder de los franceses; y se firman en Leoben los preliminares de la paz entre Francia y Austria.

Venecia, formada en medio de las ruinas del imperio romano, destrozada y vendida por los disturbios políticos, había abierto sus lagunas y sus palacios: el 31 de mayo de 1797 se verificó una revolución en Génova, su rival, y nace la república liguriense. Bonaparte se habría asombrado si en medio de sus conquistas hubiese podido ver que se apoderaba de Venecia para que fuese después de Austria, de las legaciones para Roma, de Nápoles para los Borbones, de Génova para el Piamonte, de España para Inglaterra, de Westfalia para Prusia, de Polonia para Rusia, semejante a los soldados que en el saqueo de una ciudad cargan con un botín que se ven obligados a abandonar después por no poder llevarlo, y que, entre tanto, pierden su patria.

El 9 de julio proclamó su existencia la república cisalpina. La correspondencia de Napoleón está sembrada de relatos de las revoluciones dependientes de la de Francia; como Mahoma con la espada y el Alcorán, los franceses corrían llevando la espada en una mano y los derechos del hombre en la otra.

Bonaparte no olvida ningún detalle en el conjunto de sus movimientos generales; tan pronto teme que los ancianos de los grandes pintores de Venecia, de Bolonia y de Milán no estén bien humede-

cidos al pasar el Mont-Cenis, como se inquieta por un manuscrito de la biblioteca de San Ambrosio, y ruega al ministro del Interior le participe su ingreso en la biblioteca nacional. Asimismo manifiesta su opinión al directorio sobre sus generales:

«Berthier; talento, actividad, valor, firmeza, todo lo reúne.

«Augereau; carácter firme, valor, constancia, actividad, es querido del soldado y feliz en sus operaciones.

«Massena; activo, infatigable, tiene mucho atrevimiento, buen golpe de vista, y prontitud en sus decisiones.

«Serurier; se bate como un soldado, no acepta ninguna responsabilidad, es firme, no tiene muy buena opinión de sus tropas, es enfermizo.

«Despinois; flojo, pesado, sin osadía; no se cuida de la guerra, no es querido del soldado ni se bate a su cabeza; además, es altanero, tiene sanos principios y sano criterio político; bueno para mandar en el interior.

«Sauret; bueno, soldado excelente, no muy instruido para ser general; poco afortunado.

«Abbatucci; no sirve para mandar cincuenta hombres, etc., etc.»

Bonaparte escribía al jefe de los *maïnottes*:

«Los franceses aprecian el pequeño, pero valiente pueblo que, único resto de la antigua Grecia, supo conservar su virtud; los dignos descendientes de Esparta, a los que no ha faltado otra cosa para hacerse tan famosos como sus antepasados que encontrarse en un teatro más vasto.» Da cuenta a las autoridades de la toma de posesión de Corfú: «La isla de Corcira—dice—era, según Homero, patria de la princesa Nausica.» Envía el tratado de paz concluido con Venecia: «Nuestra marina ganará con él cinco o seis navíos de guerra, tres o cuatro fragatas, además de tres o cuatro millones de cordajes. Que me manden marineros franceses o corsos; y yo tomaré de los de Mantua y de Guarda. Mañana salen, un millón para Tolón, dos millones, etc., etcétera, que forman la suma de cinco millones, que envió de Italia durante la nueva campaña. He encargado a... que vaya a Sión para que procure entablar negociaciones con el Valais.» Comunica la salida de Trieste de un cargamento de tri-

go y de cueros que dirigía a Génova. Regala al bajá de Escútari cuatro cajones de fusiles en prueba de su amistad, y manda a Milán algunos hombres sospechosos, prendiendo a algunos otros. Escribe al ciudadano Grogniard, comisario de la marina de Tolón: «Yo no soy vuestro juez, pero si estuviérais bajo mis órdenes, os reduciría a prisión por haber asentido a una petición ridícula.» En una nota enviada al ministro del papa, dice: «El papa pensará, supongo, que es muy digno de su sabiduría y de la más santa de las religiones dar una bula o mandamiento que obligue a los sacerdotes a obedecer al gobierno.»

Al mismo tiempo se ocupaba en las negociaciones con las nuevas repúblicas, detalles para las fiestas de Virgilio y Ariosto, de la explicación y traducción de los veinte cuadros y de los quinientos manuscritos de Venecia; y todo esto lo hacía al recorrer Italia, ensordecida con el ruido de los combates, y que era entonces una hoguera donde los granaderos vivían en medio del fuego, como las salamandras.

En medio de estos sucesos y triunfos, llegó el 18 de fructidor, favorecido por las proclamas de Bonaparte y por las deliberaciones de su ejército, en pugna con el ejército del Mosa. Entonces desapareció el que quizás injustamente había pasado por autor de los planes de las victorias republicanas; se asegura que Danissy, Lafitte y d'Arçon, tres genios militares, fueron quienes los habían dirigido. Carnot estuvo proscripto para la influencia de Bonaparte.

El 17 de octubre firmó éste el tratado de paz de Campo-Formio: la primera guerra continental de la Revolución terminó a treinta leguas de Viena.

CONGRESO DE RASTATT. — VUELTA DE NAPOLEÓN A FRANCIA. — NOMBRAMIENTO DE NAPOLEÓN PARA EL MANDO DEL EJÉRCITO LLAMADO DE INGLATERRA. — PROCLAMA. — SALE PARA LA EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — «EXPEDICIÓN DE EGIPTO». — MALTA. — BATALLA DE LAS PIRÁMIDES. — EL CAIRO. — NAPOLEÓN EN LA GRAN PIRÁMIDE. — SUEZ.

Habiéndose reunido un congreso en Rastatt, y nombrado Napoleón representante por el Directorio, se despidió del ejército de Italia. «Sólo me consuela, le dijo, la esperanza de volverme a reunir

muy pronto con vosotros, luchando con nuevos peligros.» El 16 de noviembre de 1797 anunció en su orden del día que había salido de Milán para ir a presidir la legación francesa en el congreso, y que había enviado al Directorio la bandera del ejército de Italia.

En una de las caras de esta bandera había hecho bordar Bonaparte el resumen de sus conquistas. «Ciento cincuenta mil prisioneros, diez y siete mil caballos, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas de campaña, cinco equipajes de puentes, nueve navíos de cincuenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas, diez y ocho galeras; armisticio con el rey de Cerdeña; convenio con Génova; armisticios con el duque de Parma, con el duque de Módena, con el rey de Nápoles, con el papa; preliminares de Leoben; tratado de Montebello con la república de Génova; tratado de paz con el emperador en Campo Formio; da la libertad a los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa Carrara, de la Romanía, de la Lombardía, de Brescia, de Bérgamo, de Mantua, de Cremona, de una parte del Verona, de Chiavenna, Bormio, y de la Valtelina, a la ciudad de Génova, a los feudos imperiales, al pueblo de los departamentos de Corcira, del mar Egeo y de Itaca.

«Enviadas a París las obras maestras de Miguel Angel, del *Guerchino*, del Ticiano, de Pablo el Veronés, Correggio, Albano, de los Carrache, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.»

«Este monumento del ejército de Italia—dice la orden del día—será colocado en la bóveda del salón de sesiones públicas del Directorio, dando así testimonio de las hazañas de nuestros guerreros, cuando haya desaparecido la presente generación.»

Después de un convenio puramente militar, que estipuló la entrega de Maguncia a las tropas de la república, y de Venecia a las tropas austriacas, Bonaparte marchó de Rastatt, dejando sus poderes en el congreso en manos de Treillard y de Bonnier.

En los últimos tiempos de la campaña de Italia, Napoleón tuvo muchos disgustos, causados por la envidia de algunos generales y del Directorio; dos veces había presentado la dimisión; pero, aunque los miembros del gobierno la deseaban, no se atrevían a aceptarla. Los sen-

tamientos de Bonaparte no se acomodaban al espíritu de la época; cedía con disgusto ante los intereses nacidos de la revolución, y de aquí las contradicciones de sus actos y de sus ideas.

De regreso a París, fué a parar a su casa, calle de Chantereine, que tomó, y aun conserva, el nombre de la *calle de la Victoria*. El consejo de los Ancianos quiso regalar Chambord a Napoleón, que era obra de Francisco I, y que sólo recuerda el destierro del último hijo de San Luis. Bonaparte fué presentado en el Directorio el 10 de diciembre de 1797, en el patio del palacio de Luxemburgo. En el centro del patio se alzaba un altar de la patria, sobre el que se hallaban colocadas las estatuas de la Libertad, de la Igualdad y de la Paz. Las banderas cogidas al enemigo formaban un dosel, bajo el que estaban varios de los miembros del Directorio vestidos en traje antiguo; la sombra de la Victoria descendía de estas banderas, bajo las cuales Francia se detenía un momento. Bonaparte estaba vestido con el uniforme que llevó en Arcole y en Lodi. El señor de Talleyrand recibió al vencedor al lado del altar, acordándose haber dicho misa hacia poco tiempo sobre otro. Fugitivo, vuelto de los Estados Unidos, y encargado por la protección de Chenier del ministerio de Estado, el obispo de Autun, con el sable al costado, estaba cubierto con un sombrero a lo Enrique IV. La importancia de los sucesos impedía que se tomaran a risa estas transformaciones de trajes.

El prelado hizo el elogio del conquistador de Italia: «Gusta—dice—de los cánticos de Osián sobre todo, porque ellos nos separan de la tierra. Lejos de temer lo que se llama su ambición, habremos de ir a solicitarla algún día, para arrancarle de las dulzuras de su retiro.»

¡Predicción maravillosa!

El hermano de San Luis en Grandella, Carlos VIII en Fornoue, Luis XII en Agnadel, Francisco I en Mariñán, Lautrec en Rávena, Catinat en Turín, estaban a gran distancia del nuevo general. Los triunfos de Napoleón no han tenido ejemplo.

Los miembros del Directorio, temiendo un despotismo superior que amenazaba todos los despotismos, vieron con inquietud los homenajes que se tributaban a Napoleón; trataban de desembarazarse de su presencia, y daban pábulo a los deseos que manifestaba hacia una